

*Emilio Martínez Albesa*

## **α ω Las bienaventuranzas desde la obra de san Juan de la Cruz**

### **Introducción al itinerario sanjuanista de las bienaventuranzas**

La doctrina de san Juan de la Cruz (1542-1591)<sup>1</sup> nos permite leer las bienaventuranzas del Evangelio según san Mateo desde aquella *dichosa ventura* de la *noche oscura* que conduce a la unión de amor con Dios del matrimonio espiritual.

Todo el itinerario espiritual sanjuanista es cristocéntrico: es una historia de amor entre Jesucristo y el cristiano<sup>2</sup>. Así, para este doctor de la Iglesia, la situación descrita por cada bienaventuranza es una modalidad del mismo amor cristiano que se despliega temporalmente en un dinamismo en tensión hacia su meta natural: la unión e identificación de los amantes<sup>3</sup>. Las bienaventuranzas describen así un camino de seguimiento e imitación de

---

<sup>1</sup> Citaremos de las obras de san Juan de la Cruz siguiendo la edición de Eulogio Pacho: SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2010<sup>9</sup>.

Siglas:

1S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro 1º

2S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro 2º

3S = *Subida del Monte Carmelo*, Libro 3º

1N = *Noche oscura*, Libro 1º

2N = *Noche oscura*, Libro 2º

CB = *Cántico espiritual*, segunda redacción

LIB = *Llama de amor viva*, segunda redacción

<sup>2</sup> Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid <sup>4</sup>2013, 157-160.

<sup>3</sup> Cada situación es un paso en el aprendizaje del amor de Dios y despojo propio conforme a la segunda frase de *Dichos de luz y amor* 60: «A la tarde te examinarán en el amor; aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición». Cf. FRANCISCO, *Catequesis* (Audiencia, 29 de enero de 2020): La palabra *bienaventurado* indica «una persona que está en una condición de gracia, que progresa en la gracia de Dios y que progresa por el camino de Dios».

Cristo. Es un camino de fe confiada en el Verbo de Dios, conforme a la bienaventuranza de *Jn* 20,21<sup>4</sup>.

Este camino espiritual de perfección es un itinerario susceptible de dividirse en etapas que explicita un dinamismo y puede dividirse en etapas<sup>5</sup>. Para san Juan de la Cruz, lo determinante en este camino es la vivencia de las virtudes teologales. Por esto, su organización en etapas precisas es muy relativa y secundaria<sup>6</sup>. Él se sirve fundamentalmente de las tres vías o los tres estados tradicionales: purgativa-principiantes, iluminativa-adelantados y unitiva-perfectos. Además, ofrece otras varias distinciones de etapas, generalmente tomadas de otros autores.

Modelo en acoger a Jesús es, para nuestro santo, la Virgen María, «graciosa» por el don de Dios en ella, «bendita» en su acción que complace a Dios y «gloriosísima» en su perfección. Ella nos lo trajo al mundo con su «consentimiento» y nos lo trae hoy *si le damos posada* en nuestra vida; pues «siempre su moción fue por el Espíritu Santo» únicamente, con docilidad plena a la voluntad divina<sup>7</sup>.

Démosela y adentrémonos, guiados por san Juan de la Cruz, en el mensaje que las bienaventuranzas del capítulo 5 del Evangelio de san Mateo nos ofrecen para el crecimiento de nuestra relación personal con Jesucristo. Recorramos así, de su mano, el camino evangélico de las bienaventuranzas.

<sup>4</sup> Cf. 3S 31,8. Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 59-60.

<sup>5</sup> Cf. 2N 14,2; 2N 23,13; 2N 19-20; 2N 24,4; CB Argumento,2; CB 12,7; CB 13,6; CB 22; CB 25,7; CB 26,3; 2S 26,10; 3S 19 (los cuatro grados de apego pueden leerse a la inversa), y LIB 2,29.

<sup>6</sup> El paralelismo entre los avisos de 1S 13 y de 2S 7,5 muestra lo relativo que es para san Juan de la Cruz la división en etapas del camino de la vida espiritual. Lo principal son las actitudes que el hombre espiritual debe adoptar para disponerse y secundar la obra de Dios en él. No hay que forzar la distribución de las bienaventuranzas en una u otra etapa, sino atender al dinamismo espiritual que encierran y que fecunda todas ellas. Para este santo, la división principal viene objetivada por el tipo de oración: a quienes Dios ha puesto en estado de contemplación y a quienes no; aunque la división tripartita clásica de las tres vías y los tres grados de espirituales le sirve para acomodar a nivel expositivo sus dos noches pasivas en los pasos de un estadio a otro. Cf. M. NORBERT UBARRI, *Para venir a saberlo todo no quieras saber algo en nada. Claves de lectura filológico-teológicas para las poesías de San Juan de la Cruz*, Fonte, Burgos 2019, 35 y 84-85: el tiempo de los procesos del alma es distinto al tiempo real y en este itinerario «lo único importante es el fin, la transformación en el Amado».

<sup>7</sup> Romances 9º; CB 2,8; 3S 2,10; Romances 8º; Letrilla navideña, y 3S 2,10, por orden de referencia. Como introducción a la mariología de san Juan de la Cruz, cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 121-126.

## 1. Primera etapa. Los pobres de espíritu, y también los mansos

La primera bienaventuranza de *Mt 5* es citada expresamente dos veces<sup>8</sup>, y el tema de la pobreza, vaciamiento, desnudez del alma respecto de los afectos de las criaturas es abundantemente tratado por san Juan de la Cruz. La pobreza de espíritu que este doctor místico nos propone es apropiación de la «desnudez de espíritu pobre de Cristo», seguimiento de Cristo que implica negarse a sí mismo<sup>9</sup>. Jesús en cuanto «Hijo de Dios» es quien dicta tal bienaventuranza, ya que el Verbo es completa receptividad (vaciedad) vuelta al Padre<sup>10</sup>.

En las dos citas explícitas de *Mt 5,3* nuestro santo nos invita a una renuncia activa de la voluntad. Con esta pobreza, indica fundamentalmente la parte activa de la purificación del alma: lo que el cristiano debe procurar con su esfuerzo, auxiliado por la gracia, y a sabiendas que solo lo alcanzará cuando le sea perfeccionado pasivamente por acción de Dios. Por este carácter principalmente activo y siendo que «la auténtica noche es la pasiva del espíritu»<sup>11</sup>, no debemos identificar la pobreza de espíritu con la noche oscura, aun cuando sí introduzca en ella en tanto en cuanto que dispone a acoger la acción pasiva o infusa de Dios y, por lo mismo, la noche presuponga esa pobreza, la perfeccione en pureza y le alcance el premio<sup>12</sup>.

La renuncia activa de la voluntad a la que aluden esas dos citas de *Mt 5,3* es explícitamente la renuncia de los bienes espirituales. Pero los usos del

<sup>8</sup> Cf. 3S 29,3 y 2N 8,5.

<sup>9</sup> 2S 7,5. Interesante que aquí antepone seguimiento a negación: «seguir a Cristo y negarse a sí mismo».

<sup>10</sup> 3S 29,3 y LIB 3,46. Cf. Romances 1º y 2º.

<sup>11</sup> S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 91.

<sup>12</sup> Digo “principalmente activo” porque alguna vez el santo sí la relaciona con la dimensión pasiva. Cabría así objetar 2N 4,1: «la purgación contemplativa, o desnudez y pobreza de espíritu, que todo aquí casi es una misma cosa»; pero repárese en el *casi* y que en el párrafo siguiente completa la identificación con la noche con la fe y las aflicciones y ansias de amor de Dios; aclara E. Pacho que la noche es pobreza de espíritu «en cuanto ésta implica desnudez, desamparo y desarrimo»: E. PACHO en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 598 (nota 1). También 2S 22,17, donde se presenta la noche oscura como vía a la pobreza de espíritu. En estos sentidos hay que entender la afirmación de Isabel de Andía que, apoyada en 2N 8,5, menciona «la bienaventuranza de la “pobreza de espíritu”» como «el sentido» de la noche oscura en cuanto aniquilamiento: I. DE ANDÍA, *San Juan de la Cruz y la teología mística de San Dionisio*, en: *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista (Ávila, 23-28 de septiembre 1991)*, III, Junta de Castilla y León, consejería de Educación y Cultura, Valladolid 1993, 97-125. Citada en: C. GARCÍA, «Teología mística», en: E. PACHO (dir.), *Diccionario de San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2009, (1114-1125), 1117.

concepto de pobreza de espíritu en el corpus sanjuanista nos permiten distinguir dos acepciones de la virtud de la pobreza de espíritu: una estricta, que es precisamente el desapego de los bienes espirituales, y una genérica, que es el desapego de todas las criaturas. Si bien la acepción estricta se circunscribe a los bienes morales en una de las citas, su contexto y la otra cita nos permiten incluir en dicha acepción la totalidad de bienes espirituales, aunque el modo de practicar el desapego haya de matizarse en algunos casos atendiendo a las puntualizaciones que el santo hace al tratar sobre los diversos tipos de bienes espirituales en *Subida*. La acepción genérica es también válida y responde al uso que el santo hace de ese concepto en determinados pasajes porque, en su pensamiento, la pobreza respecto de los bienes espirituales es más elevada y perfecta que la pobreza respecto de los bienes no espirituales, de manera que aquella incluye a esta y esta es ya un inicio de la misma virtud.

10

Hacerse pobre de espíritu, en su acepción genérica o amplia, es querer y procurar «carecer de todo arrimo consolatorio y aprehensivo» tanto a lo exterior como a lo interior; purgarse o vaciarse «de todo arrimo, consuelo y aprensión natural acerca de todo lo de arriba y de abajo»; desnudarse de todas las cosas por la esperanza de la vida eterna, levantando el corazón; «renunciar según la voluntad a todas las cosas temporales y espirituales para ser discípulo» de Jesús; desasirse de todas las cosas<sup>13</sup>.

El desprendimiento de la voluntad respecto de las criaturas por fe y amor a Dios es una necesidad para la unión con Él por exigencia evangélica (cf. *Mt* 16,24 y *Lc* 14,33), que nuestro autor refuerza con la ley metafísica aristotélico-escolástica de que dos contrarios no caben en un sujeto; el cese de los apegos es el primer y principal paso, condición necesaria, para subir a la unión desde el punto de vista de nuestro esfuerzo<sup>14</sup>. Como, cautivados previamente por Dios y prefiriéndolo sobre todas las cosas<sup>15</sup>, no nos conforma-

<sup>13</sup> 3S 13; 2N 9,4 (cf. CB 3,5); 2N 21,6; LIB 3,46, y *Puntos de amor* 96/17.

<sup>14</sup> Cf. 1S 5,2-7; 1S 13,6; 2S 24,9 («la desnudez espiritual y pobreza de espíritu, y vacío en fe, que es lo que se requiere para la unión del alma con Dios»); 3S 7,2; 3S 11,1-2; 3S 23,2; 3S 35,7; 2N 9,4; 2N 19,1; CB 3,5; 1S 4,2 (ley de los contrarios), y 1S 11,4: basta un apego de voluntad cualquiera para impedir la unión, ejemplo del ave asida a un hilo delgado o grueso, tomado probablemente de san Lorenzo Justiniano (1381-1456) (cf. E. PACHO en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 204, nota 5). Sobre la prioridad de la razón evangélica, cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 137.

<sup>15</sup> S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 51: «el seguimiento no se constituye principalmente por la negación o huida del mundo, sino que es más bien *preferencia* por el Señor».

mos con nada más que con Dios, renunciamos a toda criatura, que nunca podrá ser más que una simple mediación, para salir constante y progresivamente hacia Él<sup>16</sup>. La primera bienaventuranza indica este primer paso.

Los frutos de la pobreza de espíritu son cuatro. Primero, la libertad de espíritu en todo, pues el alma, liberada de su sensualidad, de las ataduras de los medios y de sí misma, queda descansada y libre para Dios<sup>17</sup>. En segundo lugar, al no codiciar nada, el alma está «en el centro de su humildad», virtud con la que la pobreza de espíritu en definitiva se identifica<sup>18</sup>. «Humilde es el que se esconde en su propia nada y se sabe dejar a Dios»<sup>19</sup>; el pobre de espíritu es el humilde puesto en manos de Dios. El tercer fruto es el gozo profundo de todas las cosas sin excepción<sup>20</sup>. Finalmente, un cuarto fruto es la posesión de Dios por amor, pues, en la medida de la perfección de la desnudez y pobreza de espíritu, se infunde en el alma la caridad de Dios<sup>21</sup>. Se comprende así que esta pobreza sea «dichosa», pues «el pobre de espíritu en las menguas está más constante y alegre porque ha puesto su todo en nonada en nada, y así halla en todo anchura de corazón»<sup>22</sup>. Conforme a la promesa de la bienaventuranza, como Dios reina «en el alma pacífica y desinteresada»<sup>23</sup>, esta pobreza es la puerta al *reino de los cielos*, cuya reverberación en este mundo podemos identificar con el reinado de las virtudes teologales en el alma<sup>24</sup>. El alma pobre y humilde ante Dios es presencia de ese *reino* que es tanto de Dios como suyo y que crece en el mundo y se consumará en la gloria eterna<sup>25</sup>.

<sup>16</sup> M. HERRÁIZ GARCÍA, ocd, *La oración, palabra de un maestro: San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2001<sup>2</sup>, 129: «No se satisface [san Juan de la Cruz] con menos que el Dios “escondido”. Esto está a la base, permanentemente, de la negación más radical de todas las “mediaciones” que, por lo demás, es la única forma de afirmarlas. Un Dios “escondido” siempre a todos los hallazgos humanos sitúa al hombre en “salida” constante de todo lo que él vaya alcanzando en su ardiente y amoroso peregrinaje».

<sup>17</sup> Cf. 2N 9,1; 2N 14,3; CB 35,2; 2N 16,7, y CB 36,1.

<sup>18</sup> 1S 13,13. Cf. G. RAVASI, *Le Beatitudini. Il più grande discorso all'umanità di ogni tempo*, Mondadori, Milán 2016, 49-55.

<sup>19</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Avisos procedentes de Antequera* 137/5.

<sup>20</sup> Cf. 3S 20,3 y LIB 2,1.

<sup>21</sup> Cf. CB 1,14, 2S 24,8 y *Carta* 16.

<sup>22</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Carta* 16.

<sup>23</sup> *Dichos de luz y amor* 71.

<sup>24</sup> Cf. 2S 24,8: «cuanto más el alma se quiere oscurecer y aniquilar acerca de todas las cosas exteriores e interiores que puede recibir, tanto más se infunde de fe, y por consiguiente, de amor y esperanza en ella, por cuanto estas tres virtudes teologales andan en uno».

<sup>25</sup> Cf. LIB 1,28; LIB 2,11, y LIB 1,30.

Esta pobreza de espíritu tiende y llama a la pureza de corazón mediante la búsqueda amorosa del Señor. El alma pobre se ha deshecho de los impedimentos de los afectos a las criaturas, que podían *empachar* y *embotar* su mente ahogando su hambre de Dios. Ha perdido «cuidados por poder arder más en amor»<sup>26</sup>, quedando toda dispuesta y dócil al amor de Dios. Puede así salir —o seguir saliendo con mayor libertad— a buscar al Amado, fuera de sí y de las cosas, con ansias de amor, para unirse con Él «sola y desnuda de toda impureza temporal natural y espiritual»<sup>27</sup>.

¿Y la segunda bienaventuranza? San Juan de la Cruz no abunda en el tema de la mansedumbre (cf. *Mt* 5,4)<sup>28</sup>; pero es significativo que, a continuación de citar *Mt* 5,3, se refiera inmediatamente a que el alma «será en el obrar manso, humilde y prudente»<sup>29</sup>. La mansedumbre es la cara de la pobreza de espíritu en relación con el prójimo<sup>30</sup>. Así, si el pobre de espíritu es el humilde ante Dios, el manso es el humilde ante los hombres: «es el que sabe sufrir al prójimo y sufrirse a sí mismo»<sup>31</sup>. Ambas bienaventuranzas corresponden pues a un mismo estadio.

## 2. Segunda etapa. Los que lloran y tienen hambre y sed de justicia, y también los misericordiosos

Las bienaventuranzas tercera y cuarta de *Mt* 5 adquieren una rica dimensión espiritual a la luz de la búsqueda que hace el alma de Dios en la *noche oscura* sanjuanista: búsqueda movida por solicitud amorosa y realizada en la fe con la esperanza de la unión, primero, en la animosa ascesis activa ya vista, pero, pronto, ahora, en sequedad penosa, oscura y dolorosa<sup>32</sup>. El alma, ya pobre, solo puede hallar consuelo y descanso en un Dios escondido al que todavía no encuentra. La pobreza consiente la purificación pasiva en la que Dios lleva al alma «por donde más la conviene», haciéndola andar en las «tinieblas y vacíos de la pobreza espiritual», sintiendo incluso

<sup>26</sup> *Carta* 16.

<sup>27</sup> CB 22,8, y cf. 3S 19,3. Cf. 3S 18,1-2, y 3S 19,1.

<sup>28</sup> Tercera en el orden de la Vulgata.

<sup>29</sup> 3S 29,4.

<sup>30</sup> En el mismo sentido va la exégesis moderna, identificando a los pobres y a los mansos con los *anawim* de la lengua hebrea: cf. G. RAVASI, *Le Beatitudini*, 49-52, y J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, 108.

<sup>31</sup> *Avisos procedentes de Antequera* 138/6.

<sup>32</sup> Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, ocd, *La oración, palabra de un maestro*, 87-89.

ausencia de Dios<sup>33</sup>. Dios trabaja y el alma sufre pasivamente con su deseo insatisfecho, doliéndose de su miseria e inflamándose en amor sediento<sup>34</sup>, y así se templea en las virtudes teologales que le unirán a Dios. En efecto, el segundo paso o estadio para subir a la unión es que el alma «se purifique del deajo que han dejado en el alma los dichos apetitos con la noche oscura del sentido que decimos, negándolos y arrepintiéndose ordinariamente»<sup>35</sup>, y necesitará que esta noche se torne pasiva para lograrlo mediante la acción infusa de Dios y también, después, de la noche pasiva del espíritu para purificarse del todo.

Parece que Dios es cruel en estas purificaciones pasivas, y es que hemos de penar en la medida de la dolencia de la purga: el madero incendiado expulsa su humedad, suda, evocándonos las lágrimas de la tercera bienaventuranza, y chisporrotea, antes de esclarecerse<sup>36</sup>. Se trata de una prueba necesaria: «Por estos trabajos, en que Dios al alma y sentido pone, va ella cobrando virtudes, fuerza y perfección con amargura»<sup>37</sup>. Cristo es puerta estrecha y nos introduce en camino angosto (*Mt* 7,13-14), que conduce a la sabiduría divina: solo padeciendo tribulaciones de muchas maneras, bebiendo la hiel y vinagre puro para purgarnos y limpiarnos en profundidad, puede llegarse a ella; así se hallará consolación en el mismo padecimiento<sup>38</sup>. La bienaventuranza del *Sal* 83,6-8 alaba a quien anhela los senderos de Dios (tiene hambre de su justicia) y, atravesando el valle de lágrimas (llo-rando), obtiene bendición y ánimo, encuentra fruto y consuelo<sup>39</sup>. Por ello, la invitación del santo para quien atraviesa esta noche oscura es a la alegría y confianza: «déjese y huélguese», «alégrese y fíese de Dios»<sup>40</sup>.

El fruto de la aceptación del llanto y del hambre propios de la purificación pasiva interior será el auténtico consuelo porque el alma quedará satisfecha (harta), sintiéndose muy recompensada (consolada) de todo trabajo y tribulación con la intimidad del Señor y el temple de su espíritu<sup>41</sup>. La voluntad, purgada de apetitos de criaturas, vendrá a hacerse una con

<sup>33</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Carta* 19.

<sup>34</sup> Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 52.

<sup>35</sup> *1S* 5,7.

<sup>36</sup> Cf. *LIB* 1,20-22.

<sup>37</sup> *LIB* 2,26.

<sup>38</sup> Cf. *2S* 7,1-2; *CB* 36,13; *LIB* 2,27; *LIB* 2,24, y *LIB* 2,30.

<sup>39</sup> Cf. *2N* 18,1.

<sup>40</sup> *Carta* 19.

<sup>41</sup> Cf. *LIB* 2,31.

la voluntad de Dios, con la justicia bíblica. El deseo del cristiano será la realización de esta justicia; un deseo, un hambre o sed, que proviene de la pobreza de espíritu y se satisfará plenamente solo con la posesión de Dios<sup>42</sup>.

En la noche oscura, ya vacías las potencias del alma, se experimenta esa hambre ansiosa e intolerable de amor de Dios de la cuarta bienaventuranza, que purifica en lo más profundo y será dolorosa y penosamente creciente hasta que se satisfaga en la unión, porque, a los inagotables misterios de Cristo, no se llega sin alcanzar la sabiduría divina a través de los aprietos del padecer interior y exterior<sup>43</sup>. Precisamente, en el corpus sanjuanista, la única cita de *Mt* 5,6 aparece en inmediata relación con la pobreza de espíritu, contrastando los pastos del mundo con el hambre y sed de justicia según la ley de los contrarios, y evidenciando que, mientras aquellos pastos nunca lograrán saciar, quien busca la justicia o voluntad divina sí será hartado<sup>44</sup>; y, a continuación de esta bienaventuranza, el mismo texto declara en qué consiste esta voluntad de Dios, en hacernos dioses por participación, para lo cual indica la manera: así como el fuego lo convierte todo en fuego, es decir, purificándonos Dios pasivamente con el amor que es Él mismo que nos hace arder en hambre dolorosa de amor divino y finalmente en deseos sabrosos de este amor ya dulce en que estaremos transformados. Es pues necesario arder con llanto en hambre y sed de Dios para, una vez purificados, satisfacer el deseo divino y nuestro de igualarnos a Él. Con el matrimonio espiritual no se aquietará el deseo o hambre de Dios, sino que seguirá aumentando hasta la vida eterna; pero dejará de ser ansia penosa y afflictiva para ser fruición sabrosa y embriaguez deleitosa de Dios<sup>45</sup>. El llanto y el hambre dolorosa de la ausencia dejan así paso al apetito gozoso de quien desea saciarse de aquello que ya gusta.

San Juan de la Cruz no se extiende en consideraciones sobre la misericordia y, aunque utiliza algunas veces este concepto, no parece decir

<sup>42</sup> Cf. 3S 16,3; CB 1,14, y 3S 19,3.

<sup>43</sup> Cf. LIB 3,18; 1N 11,1-2; 2N 11,5; 2N 13,9; LIB 3,65; 2N 19,5; CB 1,22; CB 6,4; CB 12,9, y CB 37,4.

<sup>44</sup> *Avisos espirituales, Puntos de amor reunidos en Beas* 106/27. Es interesante que el concepto de justicia de *Mt* 5,6 en san Juan de la Cruz se distancia del de santo Tomás de Aquino, quien lo aplica más a la relación con los demás hombres, cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, Parte I-II, BAC, Madrid 21989, 528-529. Contraste con la insatisfacción del hambre de las criaturas: 1S 6,2-3 y 6; 1S 7,3, y 3S 24,5. Sobre este proceso, cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 50-53.

<sup>45</sup> Cf. LIB 3,68; LIB 1,27; 1S 7,4; LIB 3,8; LIB 1,5-6; CB 26, 3,5-7 y 13; CB 37,8; LIB 2,13, y 3S 44,2.

mucho para ilustrarnos la quinta bienaventuranza. Con todo, subraya la misericordia como atributo de Dios y valora las obras buenas que hace el hombre por caridad, reconociendo en la caridad el valor de cualquier obra<sup>46</sup>. Además, el *donde no hay amor poner amor y sacar amor*, sabiendo que todo está ordenado por Dios para nuestro bien<sup>47</sup>, constituye una perfecta síntesis de la misión de Jesucristo cantada en los *Romances* y dramatizada en el *Pastorcico*, amén de una cabal descripción de la misericordia. La misericordia de Dios y de Cristo ha de ser tarea del cristiano en su relación con el prójimo. No olvidemos que la justicia de Dios, en cuya hambre nos purificamos, es en su expresión más acabada su misma misericordia<sup>48</sup>. Si la cuarta bienaventuranza es la del humilde, pobre de espíritu ante Dios, que se purifica pasivamente en el hambre y sed de la voluntad de Dios, podemos considerar que la quinta es la del humilde, manso ante los hombres, que se purifica pasivamente al solidarizarse con las miserias ajenas, pues bien conoce también las propias.

El modelo del cristiano en estas bienaventuranzas sigue siendo Cristo, que hizo de la voluntad del Padre su alimento y nos pide buscar su reino y su justicia<sup>49</sup>. En ellas, se perfecciona la humildad, se purifica la fe, se temple la esperanza y nace, como fruto precioso del amor, la flor de la *gratuidad* en las relaciones con Dios y con el prójimo<sup>50</sup>.

### **3. Tercera etapa. Los puros de corazón, y también los pacíficos**

La pureza de alma y su consiguiente divinización por la unión es el tercer paso para alcanzar la igualdad de amor con Dios. Se trata de generar el *hombre nuevo* paulino, que «de humano se ha vuelto en divino»<sup>51</sup> y actúa con el entendimiento y vista de Dios, haciendo obras de Dios, que son obras de paz.

<sup>46</sup> Cf. LIB 2,16; 2S 26,4; 3S 44,5; 3S 31,5, y 3S 27-30.

<sup>47</sup> *Carta* 26.

<sup>48</sup> FRANCISCO, Bula *Misericordiae Vultus* (11 de abril de 2015), 20: Dios, a la justicia, «la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia. [...] Esta justicia de Dios es la misericordia concedida a todos como gracia en razón de la muerte y resurrección de Jesucristo».

<sup>49</sup> 1S 13,4 (cf. *Jn* 4,34), y 3S 44,2 (cf. *Mt* 6,33).

<sup>50</sup> Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, ocd, *La oración, palabra de un maestro*, 99-100 y 134-135.

<sup>51</sup> 1S 5,7 (cf. *Col* 3,9).

La pureza de corazón es la perfección de la pobreza de espíritu. San Juan de la Cruz lo deja claro en multitud de textos en que aparecen en relación la pobreza, desnudez, enajenación o purgación con la pureza, limpieza o conocimiento<sup>52</sup>. La pureza de corazón es la limpieza del alma que, vacía de todo impedimento a la unión, o sea, del afecto a las criaturas, es esclarecida por la luz del amor divino que la penetra completamente, haciéndola una con él. Es esta misma luz (el amor) la que limpia progresivamente al alma, con llanto y padecimiento de hambre, como vimos, hasta hacerla perfectamente pura en una noche oscura cuya tercera parte va abriendo paso a la luz divina<sup>53</sup>. Una perfección alcanzada, pues, como resultado de la acción infusa de Dios. Si con la pobreza el santo subrayaba la dimensión activa, con la pureza subraya la dimensión pasiva de la necesaria purgación y, en particular, su fruto. Es Dios misericordioso quien nos hace asemejarnos a su Hijo Jesucristo, en lo que consiste la perfección<sup>54</sup>.

Si la bienaventuranza de la pobreza de espíritu la atribuía nuestro santo a Cristo Hijo de Dios, la de la pureza de corazón la atribuye a Cristo «nuestro Salvador», pues efectivamente da el premio de la visión de Dios, en la cual está la santificación y la salvación<sup>55</sup>. Esta pureza o limpieza de corazón es «el amor y gracia de Dios», o sea, todo lo que el hombre puede esperar<sup>56</sup>. Para este doctor, la limpieza no es solo una ausencia de suciedad, un vacío, sino que una plenitud de luz y amor que es la presencia de Dios, de un Dios, antes escondido, pero que se muestra primero y sale al encuentro de quien lo desea, pues, «si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella», por lo que quien lo busca «con amor puro y sencillo»

<sup>52</sup> Cf. 2S 7,5 (cf. *Mc* 8,34); 1S 11,1; CB 22,8; 2N 9,1; 2N 9,4; LIB 1,19; CB 40,4; 3S 3,4; 3S 19,4; 3S 20; 3S 22,2-5; 3S 23; 3S 40,1-2; 1S 5,6; 1S,8; 1S,9; *Dichos de luz y amor* 25 y 33, y LIB 2,32.

<sup>53</sup> Cf. CB 26,17; LIB 1,5-6; LIB 1,13, y LIB 1,22. Cf. LIB 3,29: «Advirtiendo, pues, el alma que en este negocio es Dios el principal agente y el mozo de ciego, que la ha de guiar por mano a donde ella no sabría ir, que es a las cosas sobrenaturales, [...]; todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo al que la guía». Cf. 1S 6,4: «más hace Dios en limpiar y purgar un alma de estas contrariedades [apetitos], que en criarla de nonada», pues la nada no ofrece resistencia, mientras que los apetitos sí.

<sup>54</sup> Cf. *Dichos de luz y amor*, Prólogo: se trata de «seguir a tu dulcísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejantes a él en la vida, condiciones y virtudes, y en la forma de la desnudez y pureza de su espíritu. Mas dala tú, Padre de misericordias, porque si ti no se hará nada, Señor»; y LIB 2,19: Cuanto más pura es el alma, más se infunde Cristo en ella.

<sup>55</sup> 2N 12,1.

<sup>56</sup> 2N 12,1.

no dejará de hallarlo<sup>57</sup>. Los puros de corazón son los enamorados de Dios, invadidos, poseídos por el Amor de Dios<sup>58</sup>. La pureza es lo que permite ver a Dios y llenarse de Él<sup>59</sup>.

La pureza perfecta da lugar al matrimonio espiritual, que es unión perfecta<sup>60</sup>. Así, «las almas purgadas y limpias» son las que han alcanzado la transformación de amor del matrimonio espiritual y sus actos son actos divinos por ser del Espíritu Santo, que las mueve<sup>61</sup>. Nuestro autor coloca por esto la bienaventuranza de *Mt* 5,8 en el peldaño más alto de la escala del amor<sup>62</sup>. Los puros de corazón no pasan por el purgatorio, sino que son santos que muriendo entran directamente en el cielo, porque el amor ya los ha dejado purgadísimos en vida<sup>63</sup>. La clara visión de Dios, que es el premio de tal bienaventuranza y que se alcanza del todo en la visión beatífica, «es la causa de la similitud total del alma con Dios»; el puro de corazón que ve a Dios «se llamará, y lo será, Dios por participación»<sup>64</sup>.

San Juan de la Cruz abunda en el tema de *ver* a Dios como fruto de la pureza del alma, que es el premio de esta sexta bienaventuranza. Este *ver* es también escuchar, entender, entrar en comunión y transformarse en luz y en Dios mismo, igualarlo en el amor por el don de la participación en la aspiración del Espíritu Santo<sup>65</sup>. La oración contemplativa del alma santificada es encuentro de miradas: la clara y amorosa del alma y la de Dios en la fe y pureza de corazón del orante<sup>66</sup>. El haber superado las mediaciones de las criaturas para alcanzar a Dios en tal pureza por las virtudes teologales permite al alma besar a Dios sin que nada ni nadie lo estorbe<sup>67</sup>. La noticia oscura amorosa de Dios en la fe, que da la contemplación al alma pura, le hace ver y aun gozar a Dios en grado equivalente a su pureza ya en esta

<sup>57</sup> LIB 3,28, y *Dichos de luz y amor* 2.

<sup>58</sup> Cf. 2N 12, 1.

<sup>59</sup> Cf. LIB 3,17 y 18.

<sup>60</sup> Cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, *Un camino de experiencia. 30 días de ejercicios con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 199-203: lograda síntesis sobre el matrimonio espiritual.

<sup>61</sup> LIB 1,5. Cf. LIB 1,3-5; LIB 1,16; CB 27,1-6; CB 39,3 y 6, y LIB 3,78. Sobre la mutua comunicación entre Dios y el alma en este estado, cf. M. HERRÁIZ GARCÍA, ocd, *La oración, palabra de un maestro*, 126-127. Sobre la nueva vida en el Espíritu Santo, cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 114-116.

<sup>62</sup> 2N 20,5.

<sup>63</sup> Cf. 2N 20,5; 2N 12,1, y LIB 1,24.

<sup>64</sup> 2N 20,5.

<sup>65</sup> Cf. LIB 1,5; LIB 1,9; LIB 1,13; LIB 1,17, y LIB 1,26.

<sup>66</sup> Cf. CB 34,3 y 3S 36,1.

<sup>67</sup> Cf. CB 22,8.

vida<sup>68</sup>; pero por ello mismo también la capacita para ver en su verdad, desde Dios, a las criaturas tanto espirituales como naturales, y así gozar profunda y santamente de todas ellas<sup>69</sup>.

El alma que está purificada, en matrimonio espiritual, ya no padece<sup>70</sup>; aunque anticipa en cierta forma la muerte, al morir a todo lo suyo por esta pureza. Su muerte natural será entonces el paso necesario para la perfección de la visión en Dios: la visión beatífica, que consistirá en ver el seno de Dios, culminando así el matrimonio espiritual en la comunión trinitaria a través del Hijo Sabiduría de Dios, satisfaciéndose plenamente con esta gloria esencial<sup>71</sup>. Es dichosa ventura ya en esta vida desnudar el espíritu de toda imperfección, ser limpiado e iluminado por Dios, y entrar en la oscuridad de la fe para ver a Dios, mirarlo por la esperanza y unirnos a Él en igualdad de amistad<sup>72</sup>.

No cabe duda de que la pureza de corazón da ligereza al cristiano para correr por el camino de la vida hacia Dios y hacia el prójimo. Es ese puro amor de Dios lo que da valor salvífico a las virtudes y a las obras buenas. En este estado, afirma el doctor de la Iglesia que «es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor [que son ya infusos, aunque el alma da su voluntad y consentimiento], porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá o allá sin ver a Dios»<sup>73</sup>.

Aunque san Juan de la Cruz no se explaya en tratar de las relaciones con el prójimo, no deja de dar a entender que la persona pura de corazón, que todo lo ve desde Dios, será en este mundo diligente operadora de paz. El limpio de corazón es un hombre que vive en paz con Dios, en tranquilidad consigo mismo y en sosiego con la creación. La gracia permite ver a Dios y sintonizar con su bondad, sus virtudes, su misericordia, sus beneficios; «mirar el alma a Dios es hacer obras en gracia de Dios», aplicar las propias potencias purificadas a secundar la acción de Dios<sup>74</sup>. Si la sexta bienaventuranza se refiere a la relación con Dios, la séptima es su correspondiente en la relación con los demás: el puro de corazón es el pobre de espíritu que

<sup>68</sup> Cf. 2N 10,6; 2N 12,3-4; CB 14y15,14, y CB 40,4.

<sup>69</sup> Cf. 3S 26,5-6; 2S 24,2-4, y 2S 26,14 (incluyendo a las demás personas).

<sup>70</sup> Cf. LIB 2,24.

<sup>71</sup> Cf. LIB 2,32; CB 36,5, 8 y 12; CB 38,5; LIB 1,27, y *Avisos procedentes de Antequera* 146/14.

<sup>72</sup> Cf. 2S 1,1; LIB 3,38; 3S 31; 2N 21,6, y CB 28,1.

<sup>73</sup> LIB 1,34. Cf. 2N 20,1, y 3S 27,4-5.

<sup>74</sup> CB 32,8.

se ha purificado a través del hambre de la justicia, llegando a ver a Dios, y el pacífico es el manso que se ha purificado a través de la misericordia, convirtiéndose en un agente de comunión entre los hombres. El conocimiento de todo desde Dios que tiene el puro de corazón incluye el de sus prójimos, lo que le facilita el acierto en la forma de hacerles el bien<sup>75</sup>. Mirar al hermano con amor, sin sospecha, sin rivalidad, sin considerarlo culpable es requisito para conservar la pureza del corazón y ver a Dios, pues este «no reina sino en el alma pacífica y desinteresada»<sup>76</sup>. En la Biblia, son particularmente los reyes de Israel los llamados hijos de Dios. El cristiano servirá al reino de Dios sembrando paz entre sus hermanos y será así reconocido como hombre de Dios.

#### **4. Cuarta etapa. Los perseguidos por la justicia, y también los nuevos profetas**

Las bienaventuranzas octava y novena no son citadas por san Juan de la Cruz. Sin embargo, la vida en esta tierra del cristiano santo, que ha alcanzado la pureza de corazón y opera la paz, es una vida cristificada que encuentra su horizonte necesario y anhelado en compartir la cruz de Cristo. En la cumbre del monte, tras los tres pasos vistos, «el alma que otra cosa no pretendiere que guardar perfectamente la ley del Señor y llevar la cruz de Cristo, será arca verdadera, que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios»<sup>77</sup>: la *justicia* y la *cruz* nos dan a Dios y nos convierten en heraldos de su reino en este mundo. Es ahora, ya purificados y unidos a Dios, que empieza la vida verdadera en la tierra y, después, en el cielo.

Para iluminar la octava bienaventuranza (*Mt* 5,10), podemos servirnos del capítulo séptimo del segundo libro de *Subida*, sobre la cruz en el seguimiento de Cristo, junto con la expresión de la *Carta* 26 de que las persecuciones de los hombres no son sino unas contrariedades más de las que Dios dispone para nuestro bien, la cual nos permite alargar el contenido de esta bienaventuranza a toda contrariedad. El punto de partida es *Mt* 7,14. La voluntariedad con que el cristiano viene aquí animado por nuestro santo

<sup>75</sup> Cf. 2S 24,2-4.

<sup>76</sup> *Dichos de luz y amor* 71; *Carta* 26 (no echar la culpa de nuestros males a los demás, sino aceptar que los ordena Dios para nuestro bien), y *Avisos procedentes de Antequera* 147/15. Cf. 3S 27,28 y 29 (especialmente 3S 29,2 acerca de la ira y la concupiscencia).

<sup>77</sup> 1S 5,8.

a abrazar la cruz nos ayuda a entender por qué el Señor llama bienaventurado al perseguido por la justicia, a quien sufre por causa del seguimiento de Cristo por la vía de la voluntad de Dios (cf. *Mt* 5,11). Jesucristo, único camino al Padre, es modelo supremo de las exigencias de todas las bienaventuranzas, ya que murió a lo sensitivo espiritual y naturalmente y a lo espiritual en el desamparo de la cruz, y así hizo su mayor obra: en la suma humildad nos unió a Dios<sup>78</sup>. Hay pues que determinarse a llevar la cruz, báculo que aligera el camino (cf. *Mt* 11,30), dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo. «Alégrese ordinariamente en Dios, que es su salud (*Lc* 1,47), y mire que es bueno el padecer de cualquier manera por el que es bueno»<sup>79</sup>. Es el momento de la paciencia, virtud madura: hay que procurar llevar la prueba de las contrariedades «con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios» para que no se nos reproche «no haber querido llevar la cruz de Cristo con paciencia»<sup>80</sup>.

La octava bienaventuranza es el culmen de un camino de donación, por lo que de alguna manera recoge las demás<sup>81</sup>. La promesa del *reino de los cielos* brilla en «la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar», que se promete aquí a quien alcance la suma humildad, identificada ahora con el aniquilarse por Dios del crucificado (cf. *Mt* 27,46)<sup>82</sup>. Todas las bienaventuranzas son expresiones de humildad y de amor, y este premio compartido por la primera y por la octava nos lo corrobora. El camino al *reino*, a la unión con Dios, «ha de ser humildad y padecer por amor de Dios» a ejemplo de Jesucristo<sup>83</sup>.

La novena bienaventuranza (*Mt* 5,11) insiste en la misma idea de persecución que la octava, a la cual glosa, pero enfatiza las acciones de los demás contra el cristiano, colocándose así en el plano de la relación con el prójimo, y sin incluir mención del premio. San Juan de la Cruz nos invita a no extrañarnos de encontrar adversidad entre nuestros propios hermanos, pues en definitiva Dios quiere que al cristiano no le falten ocasiones de

<sup>78</sup> Cf. 2S 7.

<sup>79</sup> *Puntos de amor* 84/5. Cf. *Puntos de amor* 94/15, y *Puntos de amor* 114/35.

<sup>80</sup> *Avisos a un religioso para alcanzar la perfección* 4. Cf. *Puntos de amor* 92/13 y 95/16; *Avisos espirituales, copiados por Magdalena del Espíritu Santo* 126/5; *Avisos procedentes de Antequera* 145/13 y 149/17; 3S 23,2, y 3S 35,5.

<sup>81</sup> Cf. *Puntos de amor* 87/8: «Crucificada interior y exteriormente con Cristo [pobreza]. Vivirá esta vida con hartura y satisfacción de su alma [hambre], poseyéndola [pureza] en su paciencia [persecución] (*Lc* 21,19)».

<sup>82</sup> 2S 7,11.

<sup>83</sup> 2S 26,10. Cf. 2S 29,9.

prueba, purificación y mérito, vengan de los hombres, de los demonios, del siglo, de fuera, de dentro o de donde sea, y no debemos pensar mal del prójimo, sino conformarnos pacientemente con que Dios todo lo dispone para nuestro bien<sup>84</sup>. No se menciona otro premio que la reiteración del cielo y la certeza de estar corriendo la misma suerte de los antiguos profetas, si leemos el v.12 en inmediata relación al v.11. Esta suerte nos sirve para evocar el triunfo de los mártires cristianos, quienes, cuales nuevos profetas, comparten la suerte pascual de Cristo<sup>85</sup> y se hacen señores escatológicos de la historia, dominadores de la tierra al tiempo que conquistan el cielo. El premio es siempre el *reino*: la unión con Dios y la fecundidad apostólica.

## **5. En la meta del camino de las bienaventuranzas. Alegraos**

*Alegraos y regocijaos.* Toda bienaventuranza es promesa de gozo. El gozo sanjuanista es activo y pasivo<sup>86</sup>: el activo debemos purificarlo para dejar entrar en nuestro corazón la verdadera alegría que nos trae el pasivo, don gratuito de Dios, y que los bienes de la tierra nos luzcan realmente desde ese gozo divino<sup>87</sup>. La recompensa está ciertamente en los cielos, pues es Dios mismo, la unión perfecta y plena con Él; aunque ya en esta tierra es posible unirnos a él con la perfección del matrimonio espiritual: «¡Dichosa vida, y dichoso estado, y dichosa el alma que a él llega!, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo y deleite de desposorio»<sup>88</sup>. Se pregunta así la gloria del cielo.

Toda la obra de san Juan de la Cruz es una invitación a no cejar en buscar la felicidad verdadera, una invitación a la alegría cristiana. Invitación en la que este santo no es sino el eco de la voz de Jesús que nos convida al gozo de la gloria esencial de la Trinidad por el camino de las bienaventuranzas, que es el suyo y el de los suyos.

<sup>84</sup> Cf. *Avisos a un religioso para alcanzar la perfección* 4; LIB 2,25-26 y 30, y *Carta* 26.

<sup>85</sup> Cf. *Puntos de amor* 102/23: «El que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo».

<sup>86</sup> Cf. 3S 17,1-2.

<sup>87</sup> Cf. 3S 19,10.

<sup>88</sup> CB 28,10. Incluso, «Dichosa el alma que ama, pues tiene a Dios por prisionero, rendido a todo lo que ella quisiere» (CB 32, 1).

## Conclusión. El camino de las bienaventuranzas a la luz de la enseñanza sanjuanista

Si bien, en la obra de san Juan de la Cruz, solo encontramos mencionadas tres de las bienaventuranzas de *Mt* 5 (la primera, cuarta y sexta) y contextualizadas en la relación directa de la persona con Dios; esto mismo nos permite remitir las bienaventuranzas segunda, quinta y séptima, que nuestro autor no menciona, al horizonte de la relación con el prójimo en cuanto pares de las tres sí tratadas; así como también incluir la lectura de la tercera y abrir la comprensión de la octava a toda la dimensión de cruz de la vida del cristiano en este mundo, tal como aquí hemos hecho.

El camino espiritual liberador y unitivo de la *noche oscura* de la fe asume primero forma afectiva de llanto interior al ir apagándose el día y adensándose la noche en la pobreza del espíritu, después se percibe más ardentemente el hambre de amor inflamado que purifica y esclarece el alma para culminar en la pureza del corazón que con el matrimonio espiritual puede entrever a Dios y ver todo desde Dios. Nótese así la relación de las tres partes de la *noche* con las bienaventuranzas primera y tercera, cuarta y sexta<sup>89</sup>. Condición para la unión es la «gran pureza» (*puros*) y para la pureza, la «gran desnudez» (*pobreza*) y la «viva mortificación» (*pobres-llo-ran*)<sup>90</sup>. Por esta *noche*, el creyente, siguiendo la lógica evangélica de perder para ganar<sup>91</sup>, se niega a sí mismo, toma la cruz y sigue a Cristo, conforme a *Mt* 16,24. Es camino cristocéntrico de tribulaciones y, sobre todo, de amor<sup>92</sup> en que, imitando a Cristo, de la humildad, se va, a través del obrar, al padecer<sup>93</sup> y se recibe *el ciento por uno* y se entra en el reino de los cielos<sup>94</sup>: «Si quieres ser perfecto, vende tu voluntad y dala a los pobres de espíritu, y ven a Cristo por la mansedumbre y humildad y síguelo hasta el Calvario y sepulcro»<sup>95</sup>. Es camino pascual descendente y ascendente a un tiempo,

<sup>89</sup> 1S 2,1.

<sup>90</sup> 2N 24,4.

<sup>91</sup> Cf. CB 29,11 (cf. *Mt* 16,25). También, cf. *Dichos de luz y amor*, Prólogo. Es la lógica de las bienaventuranzas, como de las promesas de Dios: 2S 19.

<sup>92</sup> Cf. 2S 7 (sin mencionar las bienaventuranzas, hace referencia a pobreza, pureza, voluntad de entrar en desnudez y vacío de espíritu y deseo de cruz); 2S 22,4-9; 1S 13,3; *Grados de perfección* 3; *Avisos espirituales, de la ed. de Gerona*, 184/35; *Puntos de amor*, 100/21, y *Dichos de luz y amor*, 26-27.

<sup>93</sup> Cf. 2S 29,9: «fundar la voluntad en [fortaleza de] amor humilde, y obrar de veras, y padecer imitando al Hijo de Dios en su vida y mortificaciones; que éste es el camino para venir a todo bien espiritual».

<sup>94</sup> LIB 2,23: cf. *Mt* 19,29 y *Hch* 14,21.

<sup>95</sup> *Avisos procedentes de Antequera*, 138/7. Cf. *Mt* 19,21.

porque en este camino humildad «el bajar es subir, y el subir, bajar», pues «la humildad es grandeza»<sup>96</sup>.

El cristiano, cristificado por la unión transformante<sup>97</sup>, dará gloria a Dios por la igualdad de amor y la *aspiración* del alma<sup>98</sup>, y, en unión a Cristo crucificado<sup>99</sup>, afrontará las contradicciones de la vida con el espíritu de la octava bienaventuranza, la que nos brinda la sabiduría y el gozo de la cruz<sup>100</sup>, hasta *romper la tela*<sup>101</sup>. Completará así felizmente el camino de amor recibido y dado, dado y recibido, que conduce a «los bienes y tesoros del cielo», a Dios, nuestra «bienaventuranza»<sup>102</sup>.

Terminamos con una palabra final sobre la aportación iluminadora de las grandes obras sanjuanistas. El primer libro de *Subida del Monte Carmelo* nos permite leer las bienaventuranzas como el camino ascético amoroso del cristiano hasta Dios; el segundo nos ayuda a entenderlas como seguimiento de Cristo en vaciamiento, humildad y deseo de padecer, confiándonos a la paradoja evangélica y pascual de perder para ganar, y el tercero subraya la fidelidad de Dios, que cumple ciertamente las promesas por más paradójicas que pudieran parecer a una vista inicial y superficial, pues colma de bienes y satisface ya en esta vida al cristiano que vive las bienaventuranzas como prenda de la beatitud eterna. *Noche oscura* destaca la necesidad de la purificación de parte de Dios para limpiar el alma en grado de permitir la unión, así como el protagonismo del amor en el recorrido del camino de desnudez profunda y vivísima esperanza de las bienaventuranzas. *Cántico espiritual*, sin mencionar explícitamente ninguna, conjuga magistralmente los premios de las bienaventuranzas, mostrándonos el camino entrelazado de sus exigencias; la exclamación de dicha o bienaventuranza se llena así de contenido. Desde la alta pregustación de la bienaventuranza, *Llama de amor viva* lanza una mirada retrospectiva al camino espiritual de pobreza-hambre-pureza que nos abre a acoger la paradoja pascual de las bienaventuranzas y a entender la relación entre lo activo y lo pasivo, lo ascético y lo místico.

<sup>96</sup> 2N 18,2 (cita *Lc* 14,11 y *Prov* 18,12).

<sup>97</sup> Cf. CB 24-25 y 36-37. «La unión con Dios [...] tiene lugar en Jesucristo»: S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*, 13.

<sup>98</sup> Aspiración del alma del Espíritu Santo de acuerdo con CB 39 y con *Llama de amor viva*.

<sup>99</sup> Cf. 3S 35,5.

<sup>100</sup> Cf. CB 36,12; LIB 2,31, y *Dichos de luz y amor* 34.

<sup>101</sup> Cf. LIB 1,31-34.

<sup>102</sup> 2N 18,1.